4169

AGUSTIN SAINZ RODRIGUEZ

ENTRE ROSALES

COMEDIA

en tres actos y un epilogo, en prosa y original.

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12.
1905

20

ENTRE ROSALES

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ENTRE ROSALES

COMEDIA

en tres actos y un epílogo, en prosa y original

DE

AGUSTIN SAINZ RODRIGUEZ

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOAES
Núñez de Balboa, 12.

1905

á

Don Diego Suárez Jiménez,

Dr. en Derecho y Licdo. en Filosofía y Letras.

La gratitud y la amistad deben ser eternas y ambas se las conservará siempre su antiguo alumno,

El Autor.

PERSONAJES

ROSARIO (hija de El tio Blás, de veintidos años).
MERCEDES (hija de doña María, de veinte años).
DOÑA MARIA (de sesenta años).
DOÑA TERESA (de sesenta y cuatro).
ENRIQUE (Ingeniero de Montes, de veinticinco años).
ANTONIO (labrador, de veinticuatro años).
EL TIO BLAS (labrador, de setenta años).
DON RAMON (de sesenta y ocho años).
EL PADRE JUAN (de setenta y cinco años).
MOZA 1.ª
MOZA 2.ª
MOZA 3.ª

Un sacristán, un mozo de baules.

La acción en Santillana del Mar y sus alrededores.—Indicaciones, las del actor.—Epoca actual.

ACTO PRIMERO

Elegante jardín en el palacio de D.ª María. En el lateral derecha primero y segundo término fachada principal del palacio con una gran puerta practicable en el centro, y sobre la misma una marquesina de cristal. En el lateral izquierda primero y segundo término frondosos árboles, dispuestos de modo que formen dos calles.—En el fondo gran verja con puerta en el centro practicable, y en perspectiva, Santillana del Mar. Por la escena macetas de flores, bancos y sillas de jardín.

La acción empieza á las tres de la tarde.

ESCENA PRIMERA

MERCEDES, sentada en un banco, tendrá sobre sus rodillas bastantes flores. ROSARIO, de rodillas y á los pies de Mercedes, estará formando un ramillete, con las flores que le va dando la primera y con las que ella va cogiendo.

MERCEDES. Toma ese jazmín, colócalo más á la derecha... así. (*Reconviniéndola.*) Tonta, elige colores que resalten, busca la mayor variedad posible.

ROSARIO. Déjeme usted, que entre las dos no nos vamos á entender... primero haré yo el ramo, después le retocaremos.

MERCEDES. ¡Qué manía!... ¿No sabes que soy muy aficionada á estas cosas?...¡¿Además, quién mejor que yo tendrá más gusto para adornar bien el ramo, cuando ha de servir para engalanar el comedor donde va á comer él... mi Enrique?

ROSARIO. ¡Su Enrique! (*sin poderse contener.*)

MERCEDES. Sí... mi Enrique, ¡qué te extraña!... mi prometido... ¡qué feliz voy á ser, cuando pueda llamarme mujer suya!

675194

ROSARIO. ¿Pero usted sabe si él la quiere?

MERCEDES. ¡Qué pregunta! ¡Podía no quererme!... ¡Cuándo iba á soñar él, que yo fuese su mujer!

ROSARIO. ¿Y por qué?

MERCEDES. Parece acaso, que ignoras cuán agradecido debe estar con nosotras ¿que sería de él, si mi madre no le hubiese dado esa carrera?

ROSARIO. (*Con tristeza.*) ¡Tiene usted razón!... ¡qué hubiera sido de él!... (*Animándose.*) Si viese usted qué bueno es... ¡le quiero tanto!... nos queremos como hermanos.

MERCEDES. ¡Pobrecillo, ha sido muy desgraciado!

ROSARIO. ¡No diga usted eso!... ¡Ha sido desgraciado porque perdió á sus padres siendo un niño, pero en cambio los míos le criaron después y luego su madre de usted le dió una carrera muy brillante... Ingeniero de Montes!

MERCEDES. Estoy deseando que llegue... ¡qué feliz cuando le vea entrar, hecho un hombre!... Hace tanto tiempo que no nos veíamos.

ROSARIO. ¡Me acuerdo cuando partió!... ¡Qué trabajo le costaba dejar la tierruca, donde desde chiquitín había vivido... abandonaba el suelo donde yacían sus padres, y donde había tenido todas sus penas y alegrías, para entrar en ese mundo lleno de trabajos, á luchar con los libros para hacerse hombre...

MERCEDES. ¡Cómo pasa el tiempo!... ¡Hace ocho años, y parece que fué ayer!

ROSARIO. ¿Pero él sabe los proyectos de su madre?

MERCEDES. ¿Había de ignorarlos?... ¡Mi mamá, le escribió una carta, en la que se los decía!

ROSARIO. ¿Y él contestó?...

MERCEDES. Que le honrábamos demasiado, que no se creía digno...

ROSARIO. ¿Pero después aceptaría gustoso?

MERCEDES. Ha seguido diciendo lo mismo, pero en sus cartas se comprendía lo mucho que le agrada la idea... Él, es claro, le parecería un atrevimiento decir que sí enseguida.

ROSARIO. ¡Es tan mirado!

MERCEDES. (*Que habrá dejado caer las flores que tiene sobre su falda.*) ¡Pero si seré tonta!... Cógemelas (*Aparte*). ¡No se me había ocurrido, si será un juego de él, para no contrariar à mamá!

ROSARIO. (*Que habrá cogido las flores.*) Ya están aquí

todas, llamaré á Antonio, para que corte más y acabe de adornar el comedor. (*Rosario corre hacia la izquierda segundo término y hace señas con la mano, como llamando á una persona.*) ¡Que vengas!

ESCENA II

DICHOS y ANTONIO por la izquierda segundo término, vestirá de labrador, traerá una azada sobre el hombro, es muy tosco.

ANTONIO. ¿Qué manda la señorita?

ROSARIO. Coge estas flores y corta unas pocas más, para que adornes el comedor... á ver cómo te esmeras.

ANTONIO. Descudia, mujer, descudia... que mandándomelo tú, y siendo pa festejar á Enrique.

ROSARIO. ¿Cómo á Enrique? (*Reconviniéndole.*)

ANTONIO. ¡Digo, es verdad!... ¡Es que no me acuerdo nunca!... ¡Claro, como siempre que estuvimos juntos, él era como yo!...

ROSARIO. Bueno, bueno...; no empieces, que cuando tomas la palabra no se te puede aguantar.

MERCEDES. Me agrada oirle, siempre es igual. (*A Antonio.*) ¿Estás tú triste alguna vez?

ANTONIO. ¡Já, já!... ¡Qué preguntas tiée la señorita!... ¿Y por qué habia de estar triste?... Tengo de comer y de beber...; lo único que me falta es el cariño de ésta...; pero como estoy á su lao me consuelo..., porque yo creo qu'al fin se convencerá que no va á venir ningún rey á sacarla de su probeza.

ROSARIO. Vete corriendo y déjate de disparatar.

ANTONIO. Güeno, mujer... ya me voy. (*Con tristeza, aparte y hacienda mutis por la izquierda, primer término.*) ¡Siempre igual! ¡Me desprecia!

ESCENA III

ROSARIO, MERCEDES y á poco DOÑA MARÍA por la derecha.

MERCEDES. ¿Y por qué no le haces caso?

ROSARIO. ¿Por qué? Eso mismo me pregunto yo y ape-

nas sé responderme... Es honrado, trabajador, y á más de eso me quiere mucho... pero yo... diciendo la verdad, no le quiero ó no le puedo querer.

MERCEDES. ¿Acaso tienes novio y nos lo ocultas?

ROSARIO. ¡Yo novio!... (*Triste*) No... Soy libre como la mariposa... nadie más que ese me quiere... ese á quien yo no quiero.

D.ª MARÍA. (*Saliendo.*) ¿Niña, qué diablos haces ahí toda la tarde?

MERCEDES. Charlando como cotorras... y además cogiendo flores... Mira, mira qué bonito ramillete para el centro de la mesa.

D.ª MARÍA. ¡Ah, picarilla, piensas adornar con flores la casa, para recibir á tu prometido!... ¡Lindo es en verdad el obsequio!

MERCEDES. ¡No merece menos! ¿No es cierto, mamita?

D.ª MARÍA. Así es, en efecto; es un joven á quien todos debemos admirar, es todo un ingeniero.

ROSARIO. ¿Verdad que, á pesar de ser ingeniero, se tratará con los pobres?

D.ª MARÍA. ¿Quién lo duda?... En eso precisamente está el talento de las personas; no sólo se reduce éste á conseguir un puesto más ó menos distinguido en la sociedad; hay que saber luchar también con el mundo, y para luchar preciso es tratarse con toda clase de personas...

ROSARIO. ¡Qué halagador es para mí saber que mi hermano...

D.ª MARÍA. ¡¿Cómo tu hermano?!

ROSARIO. ¿Podrá ofenderse porque le llame así?... No es acaso mi hermano, puesto que ambos nos criamos bajo un mismo seno?. . ¿Podrá desdeñarse de que le llame hermano, él, que me enseñó á pronunciar ese nombre?... ¿Acaso también me será negado ese consuelo?

MERCEDES. ¡No se puede hablar contigo de Enrique, porque te pones imposible. (*A Rosario.*)

ROSARIO. No en balde hemos pasado diez y seis años bajo un mismo techo... diez y seis años en los cuales todos los trabajos nos los hemos repartido...; durante ese tiempo, para Enrique no había más que su Rosariuco, como él decía; ¡me quería como á una hermana! (*Con tristeza.*) Si el domingo había baile, no sacaba otra pareja, y si yo no quería bailar, él tampoco.

MERCEDES. ¡Hoy habrá variado de parecer! Entonces su ignorancia no le permitia otra cosa que cegarse en el agradecimiento, con el pago de cariño, única cosa que podia dar.

ROSARIO. (*Con reproche.*) ¡Y hoy con su saber, es solicitado de lo que él pródigamente otorgaba, cuando era libre su pensamiento!... ¡Hoy la gratitud tiene que ser mayor, y por tanto el sacrificio tiene que ser mayor!... ¡Qué seria el cariño de hermano que nace del corazón y brota libre, expontáneo, sin que nadie le obligue!...

D.ª MARÍA. ¡Qué atrevimiento, hablar asi delante de nosotras!

ROSARIO. Perdonen ustedes... soy una loca... que apenas sé lo que me digo... ¡Somos tan francas las montañesas!

MERCEDES. Pero tú no tienes perdón; tu ignorancia no puede disculparse, cuando se te ha mandado á Santander y á un colegio para que aprendieses.

ROSARIO. ¡Es verdad!... pero cuando se hace daño á éste (*se señala el corazón*) apenas si sirve de nada todo cuanto se aprende.

ESCENA IV

DICHOS, D. RAMON y D.ª TERESA; ambos vienen en traje de paseo, propio de la localidad, se les verá aparecer por la derecha de la verja, hasta llegar á la puerta de la misma. Rosario abrirá dicha puerta y ambos pasarán dentro. Los dos son muy viejos.

RAMON. Buenas tardes (*A Mercedes.*) ¿Qué tal, qué tal, rapacilla? (*Saludos corrientes, pero de mucha intimidad.*)

MERCEDES. (*Con mimo.*) ¡Tio, hoy se ha retrasado usted mucho!

RAMÓN. (*Igual juego.*) ¡Aún hemos llegado temprano; todavía falta un buen rato para que llegue la diligencia!

TERESA. ¿Estás impaciente, picarilla?

MERCEDES. (*Con mimo y cortedad.*) ¡Impaciente, no; pero tengo ganas de verme á su lado!

RAMÓN. ¡Ah, bribonzuela!... ¡Es natural, comprendo tu impaciencia!... A mí me pasaba lo mismo cuando era joven: siempre estaba deseando

llegara la hora de ver á ésta. (*Señala á Teresa.*)

TERESA. ¡Cómo me recuerdas nuestros buenos tiempos!... Y digo buenos, no porque éstos sean malos, que seguimos queriéndonos como al principio de nuestras relaciones, sino por aquella alegría natural de la corta edad, aquellos instantes anhelosos en que una se asomaba al balcón y miraba con impaciencia á todas partes para ver si le veía á èl... á mi Ramón. ¡Qué orgullo, cuando le veía aparecer al doblar la esquina!.. !(*Con mucha naturalidad y como reconviniéndose.*) ¡Ya ves si sería tonta, que me parecía que nadie más que yo tenía novio, y que nadie más que yo era feliz!

RAMÓN. ¡Cualquiera que nos oyese!... (*Se ríe con jovialidad.*) Bien se vé que somos unos abuelos y esto nos disculpa...; pero hablando de cosas de nuestra juventud, nos enchochecemos (*Nuevas risas.*)

MERCEDES. Al contrario, tio... ¡Qué cosa debe haber más halagadora que recordar han pasado los años, pero que los corazones siguen siendo tan jóvenes como al principio!

RAMÓN. ¡Qué diablillo de muchacha!. .(*Reparando en Rosario.*) ¡Y tú, estarás tan contenta porque ves venir á Enrique hecho un hombre... (*Hablando consigo mismo.*) ¡Qué cuadro más hermoso y más conmovedor es el que vamos á presenciar!... Ver entrar á Enrique por esa puerta, precisamente por la misma de donde partió hace ocho años hecho un patancillo de aldea...; verle entrar, convertido en un hombre de talento, á dar las gracias á quien todo se lo debe, y al mismo tiempo á dar su mano á la que ha de ser su mujer, á la hija de su bienhechora! (*Rosario deja escapar lágrimas, procurando no ser vista por los demás.*)

¡Qué cuadro más sublime!

D.ª MARÍA. ¡Ha sido una suerte, haber tenido tan buena elección, para hacer un hombre de provecho!

TERESA. ¡En fin, Mercedillas, justo es confesar que has tenido mucha suerte... porque al llevarte á Enrique, no te llevas solamente al hombre de talento, sino que también te lle-

vas al hombre digno, al hombre honrado, á quien conoces desde que era muchachillo y de quien sabes positivamente la nobleza de su corazón!

D.ª MARÍA. ¡Pero también soy yo distraída, pasad dentro y os quitaréis los abrigos!

RAMÓN. Mejor será, que hace mucho calor.

TERESA. Nosotros tenemos tal apego á la vida, que siempre nos cuidamos mucho.

MERCEDES. Sin duda no quieren ustedes enviudar. (*Esto último lo dice Mercedes haciendo mutis por la derecha; y detrás de don Ramón, doña Teresa y doña María. Queda solo en escena Rosario.*)

ESCENA V

ROSARIO, que se sentará en un banco, como con tristeza y á poco ANTONIO por la izquierda, primer término.

ROSARIO. ¡Qué felices son, y en cambio yo, me muero de tristeza!... ¡Hoy vendrá Enrique y vendrá para ella, para hacerla feliz .. olvidándose de lo que tantas veces me juró, en el huerto, ocultos de las miradas de todos, endulzados por aromas de rosas, que nos acariciaban con brisas de perfumes, como bendiciendo nuestras promesas... ¡pasó mucho tiempo desde entonces, ya apenas se acordará de mi! (*Apoya su cabeza sobre sus manos.*)

ANTONIO. (*Entra con un gran cesto de flores en la cabeza... repara en Rosario.*) ¡Miala, siempre triste!... ¡Si yo pudiese!... (*la llama con dulzura.*) ¡Rosariuco... mirame á tu lao!... ¿Estás triste?

ROSARIO. (*Desdeñándole*) ¡Déjame en paz!

ANTONIO. ¿Es así cómo me recibes, cuando vengo á ofrecerte mi consuelo, si es que quiés *aceptalo.*

ROSARIO. No seas pesado... déjame... no ves que estoy llorando... el mayor consuelo de las lágrimas es dejarlas correr.

ANTONIO. Tontina, no llores, que me pones á mi mu triste también... anda, levántate y déjate que te ponga una rosa.

ROSARIO. No quiero flores, parecerían en mi pecho algo muy triste...

ANTONIO. ¡Qué cosas dices! (*Pone el cesto en el suelo y coge una rosa muy grande.*) ¡Mia esta rosa qué grande y qué bonita es... mia cómo te mira, paece que sus hojos se abren pa saludarte, pa darte las gracias á tí que tantas veces la habràs regado!... Tómala; dame gusto siquiera una vez... que pa tí he ido al huerto de tu padre por ellas.

ROSARIO. (*Levantándose.*) ¿Es de mis rosales?

ANTONIO. De los mesmos... había pocas rosas en el jardín y me alargué á tu casa á por más.

ROSARIO. Trae esas flores. (*Enfadada.*)

ANTONIO. ¿Te has enfadao?... ¡Pero cuidiao que soy bruto, yo que creí que te iba á dar tanta alegría!

ROSARIO. (*Aparte.*) ¡Rosas de los rosales testigos de nuestro juramento!. Nunca... Antes deshechas que adornando mi desgracia! (*Coge el cesto y tira las rosas en el suelo.*)

ANTONIO. ¿Qué has hecho mujer?... ¡Si lo vé la señorita!

ROSARIO. ¡Tienes razón, no sé lo que me hago... Cógelas, vuélvelas á meter en el cesto y llévalas .. llévalas muy lejos y quémalas...

ANTONIO. (*Extrañado.*) ¿¡Que las queme!?

ROSARIO. Sí... y prométeme no adornar nada con una rosa siquiera de mis rosales.

ANTONIO. ¡Si es tu deseo... te lo prometo! (*Coge con rapidez las flores y las vuelve á meter en el cesto. Se queda con una en la mano.*) ¡Ahora, ya que te he prometido eso, acétame ésta, como recompensa!... ¿Me dejas ponétela?

ROSARIO. Pónmela.

ANTONIO. Gracias, Rosariuco... *Coge la rosa* y *se la pone. ¡Contemplándola!*) ¡Qué guapa estás!

ROSARIO. ¡Qué pesado eres!

ANTONIO. ¿Por qué soy pesado, porque te llamo guapa?... ¿porque no me canso de mirate y de querete?... ¡ah, qué feliz sería yo, sí siquiera me mirases con dulzura!... ¿Por qué no me quieres?

ROSARIO. ¿Qué preguntas?... Por que no.

ANTONIO. Y con esas dos palabras, tú que ties cara de angeluco, matas to el querer de un hombre?... Rosariuco, quiéreme, que seré güeno para tí, haré cuanto me mandes, tra-

bajaré mucho, pa ahorrar unos cuartejos y comprar unas vacucas... seré tu esclavo... y si hay algo más que pueda date y tú lo sabes, pidemelo. . que ¡too, too es para ti!

ROSARIO. ¿No te he dicho que aún tiene que pasar mucho tiempo para que te quiera?

ANTONIO. ¿Pero aluego me querrás?

ROSARIO ¡Quién sabe!

ANTONIO. Qué feliz m'haces con esas dos palabras que tampoco icen... ¡quién sabe! ¡luego está en mí, que debo agradate, según lo que haga!... (*se pone pensativo*) ¿Y qué debo hacer yo más de lo de ahora pa que me quieras?

ROSARIO. Seguir siendo como hasta aquí.

ANTONIO. Pues si no es más que eso, ¿por qué no me quiés ya?

ROSARIO. Porque nó... y no seas pesado... lleva esas flores donde te he dicho... y trae otras nuevas de otro lado.

ANTONIO. Víme. (*Coge el cesto y se lo pone en la cabeza.*)
¡Adiós, Rosariuco!

ROSARIO. ¡Adiós!

ANTONIO. Adiós. (*Mirándola con ternura y como costándole trabajo marcharse, hasta que por fin hace mutis por la izquierda primer término.*)

ESCENA VI

ROSARIO, que mira por donde se ha ido Antonio, y cuando ya ve que está lejos se quita la rosa del pecho.

ROSARIO. (*Contemplando la rosa.*) ¡Pobre Antonio, cuánto me quiere!.. ¿Le habré hecho concebir alguna esperanza?.. No... yo estoy bien desdeñosa con él... no le quiero... ni puedo quererle... mi corazón prisionero ama á Enrique... á Enrique, que no puede ser mio... (*Contempla nuevamente la flor*)
¡Qué hermosa eres!... ¡Pobre Antonio, con qué orgullo me la colocó en el pecho! (*Pausa.*) (*Aparece en el fondo y por detrás de la verja el padre Juan; es muy anciano.*)
(*Reparando en él*) ¡El padre Juan! ¿qué le traerá por aquí á estas horas? (*Abre la puerta del fondo.*)

ESCENA VII

ROSARIO, y el PADRE JUAN por el fondo, vendrá apoyado en un bastón.

JUAN. (*Entrando.*) ¡Dios te bendiga, hijuca mía! (*Le da la mano á besar y Rosario la besa.*)

ROSARIO. Buenas tardes, padre... Habrá paseado mucho.

JUAN. Un poco nada más... me he llegado al ayuntamiento á un asuntillo y enseguida aquí

ROSARIO. Tome usted asiento. y descanse un poco.

JUAN. Gracias hijuca. (*Se sienta en una silla que le dará Rosario.*)

ROSARIO. ¿Os trae algún asunto urgente?

JUAN. No..., solamente recibir á Enrique, á mi antiguo discípulo... ¡cuántas veces le tiraba de las orejas para que aprendiera la doctrina!.. era un diablillo. . pero tenia un corazón...

ROSARIO. (*Con tristeza.*) ¡Un corazón! (*Pausa.*)

JUAN. ¡Parece que lo dices con tristeza!

ROSARIO. Padre, á usted se lo puedo decir... (*Arrodillándose delante de él y llorando.*) ¡Amo á Enrique con toda mi alma!

JUAN. ¡¿Que estás diciendo, hijuca mía?!

ROSARIO. La verdad... Eramos los dos unos niños, los dos vivíamos juntos; como usted sabe,... nos queríamos como hermanitos, después fuimos siendo mayores, ayudábamos á mis padres en sus trabajos, nuestro cariño iba siendo también mayor, no sabíamos pasarnos el uno sin el otro... los ratos de ocio, ya no jugábamos, sino que nos poníamos á hablar de nuestras cosas, de lo mucho que nos queríamos... iba pasando el tiempo, vinieron al pueblo las señoritas, y trajeron á Enrique para que les sirviera de criado.

JUAN. Sí, y entonces fué cuando concibieron la idea de hacerle hombre.

ROSARIO. Efectivamente, entonces fué cuando doña María, de quien tantos favores habíamos recibido, se le ocurrió hacernos esta nueva lisonja... se llevó á Enrique á estudiar y á mi á Santander... pero antes de marchar, Enrique fué á mi casa, estaba yo sola, iba á

despedirse de donde había pasado toda su infancia... al entrar me vió sentada en una silla llorando, me preguntó la causa y le dije que me afligía la idea de no volvernos á ver... entonces él me consoló, me obligó á que le acompañase á despedirse del huerto... lo vimos todo, á todo decíamos adiós, como si aquellos seres inanimados nos comprendiesen .. fuimos también al merendero, y allí, sin más testigos que Dios, y rodeados de rosales, que mi padre había plantado, me juró Enrique amor eterno... me reveló la pasión que hasta entonces me había ocultado, conformándose solamente con el cariño de hermanos, porque sabía que nadie le disputaba el otro. . pero entonces que la separación era inminente... y la ausencia era muy larga, preciso era hablar claro... yo también le juré fidelidad.

JUAN. ¡Ahora lo comprendo todo! ¿y tu padre sabe algo?

ROSARIO. Lo que yo le he dicho.

JUAN. Por eso me dijo antes que no quería venir á recibirle .. ¡pobre abuelo!

ROSARIO. Es tal el cariño que tiene á las señoritas, que no se atreve á contrariarlas en nada, y por eso sin duda, no quiere venir.

JUAN. Tu padre es muy razonable y además muy honrado... hace bien en querer á doña María, es muy digna de ello... ya ves, desde tus abuelos vive toda tu familia en el *Huerto de los Rosales* por una nimiedad... ¡esa quinta, podría rentarles hoy mucho más, y sin embargo nunca os han dicho nada!

ROSARIO. Podría rentarles mucho; pero gracias á los sudores de mi padre, ¿qué valía si no todo aquéllo?

JUAN. Pues bien mi humilde consejo, es que veas lo que hace Enrique, no le obligues á nada .. que si él te quiere, con sólo tu presencia será bastante, para recordarle su juramento... si por el contrario no te dice nada, tú calla... es que no te ha querido... y no queriéndote, más vale verte libre que desgraciada... Aquel juramento, tú le has cumplido, Dios desde el cielo sabrá recompensártelo... y los rosales, únicos testigos que hay en la tierra, seguirán mudos brotando rosas, para

mofarse de tu desgracia... ¡olvidar es lo mejor!

ROSARIO. ¿Quién manda en el corazón?... ¡Si fuese tan fácil olvidar!

JUAN. ¡Los desengaños, son las mejores guías del olvído!... ¡Desprecia y vivirás!

ROSARIO. ¡Padre, no puedo despreciarle, menos aún verle en brazos de otra mujer!... Si gratitud le une á una, gratitud también debe unirle á la otra.

JUAN. ¿Serías capaz de transformar tu cariño en odio? (*Pausa.*)

ROSARIO. (*Con duda*) ¡No lo sé!

JUAN. ¡Nunca! (*levantándose.*) Odiar es indigno de corazones nobles... ¡qué hermoso es el desprecio!... ¡Cómo te elevarías ante él y ante Dios, cuando oculto en su hogar, recordase la tarde aquélla, el encanto de las flores y su último juramento. (*Aparece Mercedes en el lateral derecha.*)

ROSARIO. ¡La señorita Mercedes! (*Anunciando.*)

ESCENA VIII

DICHOS y MERCEDES por la derecha.

JUAN. (*Saludando.*) ¡Buenas tardes, señorita Mercedes!

MERCEDES. ¿Viene usted á recibir también á Enrique?

JUAN. Al mismo tiempo que á saludar á ustedes

MERCEDES. Rosario, avisa á mamá y á los tios que está aquí el padre Juan. (*Rosario hace mutis por la derecha.*)

ESCENA IX

El PADRE JUAN y MERCEDES

JUAN. ¿Y qué, estarán ustedes deseando su llegada?

MERCEDES. ¡Es natural. . sobre todo yo! (*Pausa.*)

JUAN. Impaciencia justificada. ¿Y será pronto la boda?

MERCEDES. No sé... porque Enrique como es tan mirado, apenas si por escrito se ha insinuado... pero yo creo que será enseguida.

JUAN. ¿Se verificará en Santillana del Mar?

MERCEDES. Eso por supuesto.. aquí que le conocí, es donde quiero empezar mi felicidad... después tendré que irme á Madrid, sus ocupaciones no le permitirán permanecer en estos históricos lugares. (*Con jovialidad marcadísima.*)

JUAN. Se comprende... aunque yo creo que para su mamá de usted le sería muy grato, tenerles siempre á su lado.

MERCEDES. Sí... pero eso será imposible... además mamá quedará muy bien con Rosario, que la quiere, como si fuese su propia madre.

ESCENA X

DICHOS, Don RAMÓN, Doña MARÍA y Doña TERESA. los tres por la derecha.

RAMÓN. ¡Otro veterano!... ¿Qué tal desde esta mañana?

JUAN. Luchando por la vida... que se nos va acabando. (*Saluda á las señoras dándolas la mano.*)

RAMÓN. ¿Qué charlaba usted con la muñeca?

JUAN. De sus proyectos.

RAMÓN. A todo el mundo le da cuenta de ellos... los pocos años, los pocos años... hay que tener juicio, y no ser loquilla.

MERCEDES. ¿No me decían ustedes antes, que cuando eran jóvenes, hacían lo mismo?

RAMÓN. (*A Teresa*) Eso es para que hables...

TERESA. Pero si has sido tú.

RAMÓN. ¿Yo?... ¡válgame San Pedro!... ¡Cualquier cosa!

MERCEDES. No regañen ustedes, que han sido los dos.

RAMÓN. ¡Los dos! .. ¡Ah... bueno! los dos teníamos que ser, para sostener conversación.

TERESA. ¡Después de todo! ¿qué?... Hace bien la niña en estar contenta y en querer participar de su dicha á los demás.

MERCEDES. ¿Verdad que sí, tía?

RAMÓN. Muy bien... lo dice tu tía y basta... (*Reconviniéndose.*) Verdad que en ello no hay nada de malo... además es al padre Juan, y es como si se lo contases á uno de la familia. (*Se oye ruido de cascabeles.*)

MERCEDES. ¡Ya está ahí! (*Con mucha alegría.*)
(*Todos se dirigen al fondo, abren la puerta de hierro y salen á la carretera, Aparece Enrique seguido de un muchacho con un baúl.*)

ESCENA XI

DICHOS y ENRIQUE, todos por el fondo, el muchacho del baúl lo entra al palacio y después se marcha.

ENRIQUE. ¡Caramba, cuánta gente! ¡No parece sino que viene algún personaje!

JUAN. ¡Buen muchacho!... ¡Dios te bendiga!

ENRIQUE. ¡Al fin con ustedes... todo pasa .. parece que fué ayer!... (*A doña María.*) ¿Usted tan buena?... ahora es cuando tengo que darle las gracias. (*La abraza cariñosamente.*)
¡Y usted Merceditas hecha una mujer!
¡Y el buen padre Juan!... ¡Y Don Ramón y Doña Teresa!... ¿Quién diría que hace ocho años que no nos hemos visto?... parecen ustedes más jóvenes.

RAMÓN.. Bravo, muchacho... eres digno de cualquier cosa... ¿pero no dices nada à Merceditas? mírala qué parada está.

ENRIQUE. ¿Y qué quieren ustedes que le diga?... Tengo tantas cosas que contar, que no sé si me acordaré de alguna... ¡Ah, justo es sin embargo decirla, que está usted muy bonita!

MERCEDES. ¡Vaya, es que me quieren ustedes poner colorada! (*Con candidez*).

ENRIQUE. Nada de eso, aquí todos querémos ver á usted contenta, parece que mi llegada le ha dejado algo turbada.

MERCEDES. No. . nada de eso... todo lo contrario... es que como usted decía antes...

ENRIQUE. ¡Cómo, tratarme de usted!

MERCEDES. ¡Cómo ha empleado ese tratamiento conmigo!...

ENRIQUE. El mismo que he empleado siempre... pero usted siempre me tuteaba... sigo siendo el mismo.

MARÍA. Ahora te autorizo para que la tutees.

ENRIQUE. Si ustedes se empeñan ..

RAMÓN. ¡Cómo empeñarnos!... (*Enfado cómico.*)

TERESA. No hables, porque entonces sí que pones colorada á la muchacha.

MERCEDES. (*Aparte á doña María.*) Mamá, procura que me quede sola con Enrique; deseo hablarle.

ENRIQUE. ¿Y Rosario, no estaba con ustedes? (*Con interés.*)

MARÍA. Sí... estará ocupada en sus quehaceres y no se habrá enterado de nada.

ENRIQUE. (*Aparte.*) ¡Me habrá olvidado!

MERCEDES. ¿Tienes interés en verla? (*Con gran interés.*)

ENRIQUE. (*Disculpándose.*) No, ninguno... únicamente el placer que proporciona recordar nuestros primeros años.

JUAN. (*Aparte*) ¡Aún la quiere!

RAMÓN. ¿Pero qué hacemos aquí que no pasamos dentro?

ENRIQUE. Tienen ustedes razón .. vamos dentro.

MERCEDES. Todos, no; quiero enseñar á Enrique el jardín, para que vea las mejoras que he introducido (*Dándole el brazo.*) Si es usted tan galante que se digna aceptar...

ENRIQUE. (*Aceptándolo.*) ¡Con mil amores!

(*Rosario sale de la derecha, los ve del brazo y procura ocultarse, sin ser vista, detrás de algún arbol.*)

RAMÓN. (*A los demás, aparte*) ¡Qué hermosa pareja!

JUAN. (*Aparte.*) ¡Preveo un sin fin de disgustos!... ¡Dios no lo quiera!

(*Enrique y Mercedes hacen mutis por la izquierda, y D. Ramón, doña Teresa, doña María y el Padre Juan lo hacen por la derecha.*)

ESCENA XII

ROSARIO, que sale de su escondite y contempla á Enrique y Mercedes cómo se alejan.

ROSARIO. ¡Espantosa realidad... todo fué un sueño!... ¡Los dos juntos, prometiéndose sin duda una eterna felicidad!... ¡Falso, talvez jurando amor constante, sin acordarse que deja otro corazón sin vida!... Vuelven hacia aquí. . escondámonos... quiero apurar el cáliz de la amargura, hasta su fin.

ESCENA XIII

ROSARIO oculta; ENRIQUE y MERCEDES del brazo, por la izquierda.

ENRIQUE. ¡Es verdaderamente delicioso.. bien se ve que es un ángel, quien ha guiado todo este trabajo!

MERCEDES. Eres muy galante... ¡Quién fuese un ángel, como dices!... Soy una muchacha, una pobre muchacha, que tiene varias manías y una de ellas la de cuidar las flores.

ENRIQUE. Es un gusto, que te ensalza... también constituye uno de mis mayores deseos poder poseer un jardín.

MERCEDES. Ahora ya tendré un consejero entendido, y podré transformar este jardín en un vergel.

ENRIQUE. Lo es ya.

MERCEDES. ¡Hay flores, que aquí no se crían!... ¡Cuánto daría yo, por formar un vergel de rosales, como el que hay en el Huerto!

ENRIQUE. Nada más fácil.

MERCEDES. ¿Y cómo?

ENRIQUE. Pidiéndoselos al buen tío Blas y trasplantándoles.

ROSARIO. (*Aparte.*) ¡Ah!.. ¡Falso!

MERCEDES. ¿Y si no quiere dármelos?

ENRIQUE. ¿Podría oponerse?...

MERCEDES. ¡Qué tonta soy... siendo yo el ama!

ENRIQUE. ¿Y ahora habéis establecido aquí vuestra vivienda para todo el año?

MERCEDES. Mamá se aburría en Santander con aquel bullicio... necesitaba más calma.

ENRIQUE. Ahora seremos muchos para divertirla... precisamente he conseguido que me destinen á la provincia.

MERCEDES. ¿Con que destinado aquí?

ENRIQUE. Aquí está todo cuanto quiero.

MERCEDES. ¡Gracias á Dios, que empiezas hablar de lo que más nos importa!

ENRIQUE. No comprendo.

MERCEDES. ¿No acabas de decir, que deseas estar en la provincia, porque en ella está todo cuánto quieres?

ENRIQUE. Sí... aquí yacen mis padres... aquí fuí criado yo... y aquí conocí á mi bienhechora.

MERCEDES. ¿Nada más?... ¿No me conociste también á mí?

ENRIQUE. Evidentemente... más, tonto de mí, que no había comprendido... ahora recuerdo la carta de tu mamá, en que me proponía mi matrimonio contigo... pero cómo iba á aceptar yo tanta honra .. ¿No han hecho ustedes bastante conmigo, para todavía querer hacer más?

MERCEDES. ¡Si yo lo hago con mucho gusto!

ENRIQUE. (*Aparte.*) ¡Qué compromiso!

MERCEDES. ¿Es que acaso no te gusto?

ENRIQUE. ¡Qué disparate!... No gustarme

MERCEDES. ¿Pues entonces?...

ENRIQUE. Es un deber de caballerosidad no aceptar aquello en que se ve el sacrificio.

MERCEDES. ¡Qué manía!... Si no hay sacrificio... yo te quiero porque desde niña no he conocido otro hombre digno de mi cariño más que tú... Mi mamá al proponerte nuestra boda, lo creyó un deber, y como entre nosotros debe existir una confianza, cual si fuésemos hermanos... por eso, te digo yo, que me agradaría ser algo más que hermana.

ENRIQUE. ¡Horrible contratiempo! (*Aparte.*) Me has dejado sin casi saber qué contestar. ¿Cómo podía yo imaginarme, que cuánto en aquella carta se me decía era cierto?... Mercedes no se si debo ser franco... antes que nada soy caballero.

MERCEDES. (*Aparte.*) ¡Dios mío, qué va á decir!

ENRIQUE. ¿Que harías tú, si desde hace mucho tiempo, hubieses comprometido tu palabra, obligando á alguien á que te esperase?

MERCEDES. Despreciarle si lo que se me presentaba después me convenía más.

ENRIQUE. Eso no es noble... porque en el amor no debe haber más conveniencia que el cariño.

MERCEDES. ¿Luego amas?

ENRIQUE. Si... más ni sé si soy amado.

ROSARIO. (*Aparte.*) ¡Gracias Vírgen Santa!

MERCEDES. (*Haciendo mutis por la derecha.*) ¡Me desprecias!... (*Con ironía y aparte.*) ¡Teme mi venganza!

ESCENA XIV

ENRIQUE, que va á consolar á Mercedes y ROSARIO que se interpone en su paso.

ROSARIO. ¡No te arrepientas, que eres amado!

ENRIQUE. ¡Rosario!

ROSARIO. Sí, Enrique mío... aquí me tienes esperándote desde hace ocho años, sin más carta ni más nada, que la fe de aquel juramento que me hiciste en el huerto y «entre los rosales».

ENRIQUE. ¡Ah... Rosario mía, qué hermosa estás... cuánto te has embellecido en estos ocho años!

ROSARIO. ¡Cuánto he sufrido en estos últimos meses, creyendo que amabas á la señorita!

ENRIQUE. ¿Crees tú acaso, que pueden olvidarse diecisiete años de vida íntima tan fácilmente... Si supieses Rosariuco mía las veces que me he acordado de ti, allí en aquellas toscas montañas del Escorial... ¡cuántas veces que me sentía sin ganas de estudiar, me venías á la imaginación como ángel bienhechor, para alentarme á la lucha y al trabajo!... ¡Si vieses qué contento me ponía cada vez que pasaba un curso... cuánto me halagaba recordar que se iba acercando el tiempo en que vendría á por ti, para hacerte mía... mía para siempre!. .

ROSARIO ¡Qué feliz me haces en estos momentos!... Yo también me he acordado de ti mucho durante tu ausencia... ¡cuántas veces iba yo sola al huerto, donde me prometiste quererme siempre, á llorar junto á los rosales!... y si vieses, parecía que aquellos arbolillos querían animarme, dando hermosas rosas.

ENRIQUE. Ya no tendremos necesidad de dudar, siempre estaremos juntos... ¿podría estampar ahora en tu mano el beso que me prometiste para cuando volviese, si te había sido fiel?

ROSARIO. Toma mi mano, bien mereces este premio. (*Enrique estampa un beso en la mano de Rosario, y en este momento aparece Antonio, que deja caer el cesto de flores que lleva sobre la cabeza, después se apoya con tristeza sobre un arbol.*)

ESCENA XV

ENRIQUE, ROSARIO, ANTONIO y Don RAMÓN, el padre JUAN, Doña MARIA, Doña TERESA y MERCEDES, todos por la derecha.

RAMÓN. ¡No puede ser cierto!

MERCEDES. No me ama. (*Con desmayo é ironía.*)

ENRIQUE. ¿Es que acaso debo pagar con mi cuerpo la gratitud de mi alma?

MARÍA. ¡Terrible desengaño!

ENRIQUE. ¡Desengaño! ¿Por qué? ¿Acaso he prometido alguna vez casarme con Mercedes?... Mi gratitud será eterna; pero esa misma gratitud que á ustedes tengo, debo también tenérsela á ésta... (*señalando á Rosario*) á sus padres, á quienes debo el pan que he comido diez y seis años.

MARÍA. ¡Los dos sois indignos de vivir en esta casa!

ENRIQUE. (*Coge á Rosario en sus brazos.*) ¡Indignos, no!... Ni uno ni otro hemos cometido otra falta que querernos... y esa falta era anterior á todo agradecimiento

RAMÓN. En esta casa no teneis que permanecer ni un solo instante.

ENRIQUE. Ya nos vamos... Mas que conste que hemos sido arrojados de ella, no por falta alguna, sino victimas del necio orgullo de los que la gobiernan... Rosario va conmigo y nada le ha de faltar. (*Hace mutis por el fondo con ella apoyada en sus brazos.*)

JUAN. ¡Bendito sea el Señor!

ANTONIO. Se va, y con él... ¡nunca... antes la muerte! (*Hace mutis corriendo también por el fondo y como en persecución de ellos, que ya no se verán en escena; los demás, menos el padre Juan, toman una actitud orgullosa.*)

Telón rápido.

ACTO SEGUNDO

Un barrio de aldea. En el fondo dos tapias de dos caseríos pobres, y entre las dos tapias una calle muy estrecha. En el lateral derecha primer término un grupo de árboles, y debajo de ellos un charco, que figura ser un manantial, dicho charco estará simulado entre montones de piedras; en segundo término la misma calle que continúa por el fondo. En el lateral izquierda primer término, una calle ó camino real; y en segundo una casita pobre con puerta practicable. Las dos tapias del fondo formarán esquina, haciendo cada una la forma de un ángulo recto, por detrás de dichas tapias se verán algunos frutales. La calle que va por el fondo será practicable.

ESCENA PRIMERA

Tres mozas del pueblo con herradas, figurará una de ellas estar llenando su herrada y las otras dos tenerlas llenas.

MOZA 1.ª Paece que te estás muriendo... ya estamos aquí hace más de una hora.

MOZA 2.ª ¡Qué culpa tengo yo que el manantial s'agote! Me paece que aquí ya no llenaremos mucho.

MOZA 3.ª Yo creo que debe haber alguna piedra que entorpezca la salia.

MOZA 1.ª ¿Habéis visto á Rosario hoy?

MOZA 2.ª Sí... endenantes la vide con su padre.

MOZA 1.ª ¿Y es verdad qu'el viejo no quiere que la chica se case con Enrique?

MOZA 2.ª Eso icen...

MOZA 3.ª ¿Por qué?

MOZA 2.ª Porque el viejo tiene mucha ley á las señoritas y no quiere contrariarlas en ná.

MOZA 1.ª Pero eso es mirar contra sus propios intereses.

MOZA 2.ª Dice que ya lo sabe, pero que lo prencipal de un hombre es ser bien nacio y qu'él seria mu malo si consintiese en hacer desgraciada á la señorita Mercedes.

MOZA 1.ª ¿Y en cambio. sería güeno haciendo desgraciá á su propia hija?... Güena manera de descurrir.

MOZA 3.ª Además, cree él que asina sería feliz la señorita Mercedes, si Enrique no la quiere.

MOZA 2.ª (*Viendo llena la herrada*) ¡Gracias á Dios que he concluío! . ¿Sus quedais?

MOZAS. ¿Qué ibamos hacer aquí? (*Las tres se ponen las herradas en la cabeza y hacen mutis por la calle del fondo.*

ESCENA II

ENRIQUE, vestido con traje de cazador por la derecha segundo término.

ENRIQUE. ¡Maldito dia! (*con desesperación. y quitándose el sombrero, se sentará sobre una piedra del arroyo.*)
¡Qué feliz cuando era ignorante; siquiera entonces no comprendia!... Torpeza de padre, que le ciega el agradecimiento llevándole hasta el extremo de hacer desgraciada á su hija. Oponerse, por el solo hecho de no ser del agrado de sus amos... creer que su hija roba algo que no es suyo, queriendo quitar lo que su señorita desea .. ¡Terrible confusión!... ¡Quién con más derecho que Rosario me puede reclamar, cuando desde el tiempo en que éramos niños nos pertenecíamos!... ¡Quién mejor que ella podía decir pretenden robarme lo que es mio, lo que à nadie más que á mi me pertenece... como la flor al árbol que le da la vida!... ¡Necios, y pretenden separarnos... y pretenden que el olvido se apodere de nuestros corazones!... ¡Intento vano; nadie podrá olvidar lo que nació con el niño y creció con el hombre... un cariño puro, sin mezcla de interés y fruto de una vida continua de caricias y prome-

sas... no puede olvidarse... los seres que así se aman, no los puede separar nada, más que la muerte... (*Se queda muy abatido*).

ESCENA III

ENRIQUE y el tío BLAS por la derecha, segundo término; éste último muy viejecito, vendrá apoyado en un palo grueso, que le servirá de bastón.

BLAS. ¡Pobres señoras!... (*Reparando en Enrique.*) ¡Ah... estás tú aquí! sin duda esperando á la mozuca que venga á por agua.

ENRIQUE. ¡Abuelo, déjeme usted!

BLAS. ¿Piensas acaso burlarte de mis mandatos? .. ¿quieres robarme lo único que me queda en el mundo... Crees acaso que no comprendo yo que has de intentar por la fuerza lo que no te quiero dar de buen grado?

ENRIQUE. ¡Esto más!

BLAS. Es así como me agradeces aquellos trebajos que pasé cuando te recogí pa que no perecieses en la miseria .. ¿no sabes que me debes el mismo respeto que à tus padres, pues yo hice sus veces en la tierra?

ENRIQUE. ¡Abuelo, por Dios, no me obligueis á lo que jamás pasó por mi mente!... Sé muy bien el respeto que os debo... sé muy bien la gratitud que os debo guardar... pero esto no es suficiente para que me separe de Rosario... ¡de Rosario que es lo único que yo quiero en el mundo!

BLAS. ¡Aún te atreves!

ENRIQUE ¿Es acaso un crimen, que yo ame á Rosario?... ¿es que yo, queriendo á vuestra hija, mancillo el honor de vuestros antepasados?

BLAS. No.. es que la primera condición del hombre honrao, debe ser el agradecimiento.

ENRIQUE. ¿Y para demostrar que existe éste, es preciso el sacrificio?

BLAS. En ciertas ocasiones, es necesario.

ENRIQUE. ¡Ah... pues entonces, yo, que hubiera dado mi vida si les hubiese hecho falta... yo, que no habria reparado en nada, para realizar los caprichos de mi bienhechora... yo, que haria todo esto y mucho más... soy un desagradecido, soy un mal hombre, toda vez

que quiero á una mujer, y no acepto un trato comercial indigno que se me propone.

BLAS. ¡Güen modo de interpretar el bien!

ENRIQUE. ¡Ah .. llamais bien, á lo que puede considerarse como perspectiva de una vida llena de disgustos... una vida de la que los únicos perjudicados serian nuestros hijos, precisamente los únicos inocentes

BLAS. Pues bien, mi voluntad es irrevocable... quiero que te vayas de aquí... no quiero que la veas... ¡es mi hija!

ENRIQUE. Esta bien... me voy; más advertid que no os he prometido olvidarla... al contrario, cada vez la querré más, mucho más... vuestra injusticia labrará nuestra desgracia. (*Haciendo mutis por la calleja del fondo*)

ESCENA IV

El Tío BLAS, y á poco ANTONIO por la izquierda, primer término.

BLAS. ¡Infeliz, crees tú que hago yo to esto por el mi gusto!... ¡qué mayor alegria pa un padre que la felicidad de la su hijuca!... ¡Pero es imposible, antes que to es preciso ser honrao, y pa demostralo es preciso el sacrificio, aunque con él se me desgarre el corazón en piazucos y se me tronce el alma de pena.

ANTONIO. (*Saliendo.*) ¡Güenos días, tío Blas, paece que se está tomando el fresco!

BLAS. ¿Onde vas tú por acá á estas horas?

ANTONIO. Pus venia aquí. (*Señala la casa del lateral izquierda, segundo término.*)

BLAS. ¿Ocurre alguna noveá?

ANTONIO. La tia Rosa, que le dan esta mañana los últimos sacramentos; me lo dijo endenantes Nila, que la encontré camino de Torrelavega.

BLAS. Y yo, que estoy en el pueblo y no sabia na... verdad es que con toas estas cosucas que pasan, no tié uno tiempo pa na.

ANTONIO. M'han dicho que no deja usted casar á la muchacha con Enrique ¿Es cierto?

BLAS. A mi hija le corresponde uno de su igual.

ANTONIO. (*Con mucha alegría.*) ¿Como yo, verdad tio Blas?

BLAS. Como tú, si es que la quieres.

ANTONIO. Con toa mi alma.

BLAS. Pues entonces, su padre te la dá.

ANTONIO. (*Arrodillándose delante del tío Blas y besándole las manos, como demostrando mucho agradecimiento.*) ¡Gracias, tio Blas!.. ¡Gracias!.. No sabe usted el bien qu'acaba de hacerme... con esas palabras que paece que no sennifican náa, ha devuelto usted l'alegría á mi corazón, que se iba deshiciendo á peazos, la tranquilidad á mi alma que paecía se iba acabando pocuco á pocuco, por que un mal mu grande l'habia matao..., un mal pa el que no hay medecinas que lo curen... un mal de éste... (*Dándose un golpe fuerte en el corazón.*) y esos males bien sabe usted tio Blas, que sólo con cariño puéen curarse.

BLAS. ¡Pobre hijuco mío!... levántate, ese no es tu lugar, tu sitio es éste. (*Le abre los brazos y Antonio se arroja en ellos.*)

ANTONIO. ¡Cuánta felicidad en tan pocos instantes!.. ¡Paece que el corazón se me salta del pecho que lo aprisiona, por la mucha alegría que tiene! (*Pausa. Retrocediendo y dándose un golpe en la frente.*) ¿Pero, y si ella no me quiere; y si me güelve á despreciar?

BLAS. ¿No te la he dao yo, que soy su padre?

ANTONIO. Sí... es verdad, ostè me l'ha dao... y osté es su padre. (*Pausa.*) Pero osté podrá darme su hija, pero no su corazón... yo juzgo por el mio, quiero mucho á la mi madre, por que siempre ha sio mu güena para mí, pero si me dijese algún dia que no quisiera á Rosario, no l'haria caso... porque en este (*Corazón.*) no pueo mandar yo, y vive en mí, cómo iba á obedecer á lo que me dijese ella.

BLAS. Tiés razón, pero la mi hija es obediente hará cuanto yo la diga, se casará contigo... y luego, andando el tiempo, si tú eres güeno pa con ella, no dudes que te querrá.

ANTONIO. ¡Dios lo quiera! (*Con duda. Mirando hacia la derecha segundo término.*) ¡Mírela usted, por allá viene con la herrà en la cabeza!

BLAS. Vóime entonces á casa de la tía Rosa, allí

t'espero.... habla con ella y dime empués lo que t'ha dicho. (*El tío Blas entra en la casa de la izquierda, segundo término.*)

ESCENA V

ANTONIO se oculta en la calleja del fondo. ROSARIO, con la herrada en la cabeza, por la derecha, segundo término; al llegar al charco, pone la herrada en el suelo y se sienta sobre las piedras en actitud pensativa.

ROSARIO. ¡No ha venido!

ANTONIO. (*Saliendo y dando en el hombro á Rosario por la espalda.*) ¡Rosariuco!

ROSARIO. ¡Enrique! (*Volviendo rápidamente la cabeza y viendo que es Antonio*) ¡¿Antonio, tú aquí?!

ANTONIO. No me esperabas; ya lo veo .. ¡creías qu'era Enrique! ..

ROSARIO. ¿Qué pretendes?

ANTONIO. Ná... venía á verte, á decirte una vez más lo mucho que te quiero .. venía á oir una vez más que me desprecias...

ROSARIO. No... tú vienes con alguna intención... ¿por qué me engañas?

ANTONIO. ¿Por qué te engaño?... Eso mesmo te debo decir yo á ti... ¿Por qué m'has engañao durante tantos años, haciéndome concebir esperanzas, pa luego sumirlas en la más terrible decepción?... ¿Por qué cuando te dije por primera vez que te quería, no fuiste franca conmigo y me dijiste qu'amabas á á otro?... ¿Por qué entonces, que era como si dijésemos una semilla que s'acaba de sembrar, á la que con muy poca cosa se la hubiera obligao á perderse, la dejaste retoñar y criar raices?... ¿Por qué?.., ¡No me contestas!... ¡Y aún me ices que no soy franco contigo!

ROSARIO. ¡Antonio, por Dios!... ¡Déjame... que me das miedo!

ANTONIO. ¡Miedo yo!... ¿De qué?... No temas al hombre que desfoga tó su mal hablando... teme al zaino qu'aspera las vueltas de su rival pa clavarle el puñal por las sus espaldas.

ROSARIO. ¿Entonces, qué quieres?

ANTONIO. ¿Qué quiero? Ná.. venía á icirte que he

visto al tu padre, que m'ha dicho que quería que fueses pa mí.

ROSARIO. ¿Quién, mi padre?

ANTONIO. El mesmo

ROSARIO. ¿Y con qué derecho te concede mi mano, sin antes consultar conmigo?

ANTONIO. Con el de padre.

ROSARIO. Pues dile, que su hija te desprecia...; dile también que te he dicho no seré tuya nunca, mientras viva.

ANTONIO. (*Con desesperación.*) ¡Rosariuco!

ROSARIO. Dile, que con la misma razón que él se olvida que soy su hija y me obliga á ser desgraciada toda mi vida... con esa misma razón olvido que es mi padre y no atiendo sus consejos.

ANTONIO. (*Arrodillándose.*) ¡Rosariuco, mira que te lo pido de rodillas!

ROSARIO. ¿No dices que me quieres con todo tu corazón?

ANTONIO. ¡Sí!

ROSARIO. Pues lo mismo me pasa á mí con Enrique, y fácil te debe ser, por consiguiente, comprender el por qué no puedo olvidar aquél para quererte á tí

ANTONIO. (*Con desesperación se va á la puerta de la izquierda, segundo término, y entra en la casa.*) ¡Desgraciada!

ESCENA VI

ROSARIO que mira donde ha entrado Antonio, y después toma la posición indicada cuando entró en escena.

ROSARIO. (*Repitiendo la última palabra*) ¡Desgraciada!... ¡Tienes razón, pero más que desgraciada, mártir!... ¡Todo pasó, todo fué un sueño, que vino á endulzar por poco tiempo mi vida!... ¡Qué despertar tan horrible! (*Se pone á llenar la herrada.*) ¡Enrique no viene, por primera vez ha faltado á su palabra!... ¡Es tan cruel recibir desengaños!... ¡Mi propio padre, él que debía ser el primero en ayudar á la felicidad de su hija, se olvida de sí mismo y de los deberes á que como padre está obligado, interponiéndose en mi

camino, sirviendo como muralla de separación para proteger mi desgracia, apartándome de la dicha que tan halagador porvenir me presagiaba. (*Rosario se va á colocar la herrada en la cabeza, pero en este momento aparece Enrique por la derecha segundo término y la detiene.*

ESCENA VII

ROSARIO y ENRIQUE.

ENRIQUE. ¿Dónde vas?

ROSARIO. Creí que no venías.

ENRIQUE. ¿Aún dudas de mí?

ROSARIO. Perdóname, Enrique mío... creí que con todas las cosas que nos están pasando, habías llegado á despreciarme.

ENRIQUE. ¿Despreciarte... por qué?... ¿Tienes acaso culpa alguna de la ignorancia de tu padre?

ROSARIO. (*Casi llorando.*) ¡Imposible nuestra felicidad!

ENRIQUE. (*Cogiéndole las manos y consolándola.*) ¡Imposible, no... Soy hombre y un hombre no se rinde tan fácilmente!... (*Rosario llora.*) No llores, Rosario mía; mírame á tu lado, despreciando á cuantos á nuestra felicidad quieran oponerse... mírame junto á tí para defenderte de todos, aun de tu propio padre... ¿no me ves á mí, cómo no me faltan ánimos?... anda, tontina, olvídalo todo, no llores... nuestro amor es santo, tan santo, tan grande como el que la Virgen pudo tener á su Hijo... Dios es bueno, Él nos protegerá.

ROSARIO. ¡Cómo me consuelan tus palabras!... ¡Sí vieras qué felicidad me causa el estar á tu lado, oyéndote aún que podré ser tuya... tuya para siempre... ¡Enrique mío! bien sabes tú que son bellas palabras para alegrar mi alma... pero al fin y al cabo, palabras muy distantes de la realidad.

ENRIQUE ¿Por qué? ¡Estás muy equivocada... los desengaños, te hacen ver las cosas muy contrarias á la realidad!... Veremos los dos juntos á tu padre, le diremos lo mucho que

nos amamos, nos postraremos á sus plantas... y no dudes, Rosario mia, que al fin y al cabo es un padre.

ROSARIO. Es tan terco.

ENRIQUE. Tu madre desde el cielo, aquella pobre anciana que tantas veces nos consoló en su regazo, aquella noble mujer, que tantas veces se habia quitado el pan de la boca porque no tuviésemos hambre... aquella mujer, pedirá á Dios... es nuestro abogado, es un ángel... ¡Porque no dudes, Rosario mia; que tu madre desde el cielo bendecirá nuestros amores... no dudes, que tu madre es un testigo de aquel juramento de hace ocho años en el huerto de los rosales.

ROSARIO. (*Animándose.*) ¡Ah... si Enrique mio... mi madre se aparecerá á mi padre, le recordará que soy su hija .. y él volverá en sí de su locura... nos abrazará y bendecirá nuestra unión.

ENRIQUE. Así te quiero ver... tu alegría me da fuerzas para la lucha... tus sonrisas son municiones que me das para la batalla .. (*Sin dudar.*) Al fin conseguiremos la victoria...

ROSARIO. ¿Pero y si todo fuese un sueño... una ilusión creada por nuestra fantasía?

ENRIQUE. Si todo fuese un sueño... entonces yo, que ahora lucho con la humildad y aguanto el desprecio, me revolvería contra todos, lucharía por la fuerza (*con desesperación dramática*), y de hombre á hombre no vanada... lo que de grado he pedido y no me han dado, sabría llevármelo por la fuerza... y si como hombre no podía defenderme, lo haría como una fiera; las fieras, cuando les roban lo que es suyo matan... (*como demente*); yo también mataría si hiciese falta.

ROSARIO. ¡Me das miedo!

ENRIQUE. Miedo, cuando todo esto lo haría en tu defensa!... Miedo, no... cariño puro, noble, desinteresado... todo esto nos debe unir... que con cariño sabremos luchar y defendernos.

ROSARIO. ¡Si viniera mi padre!

ENRIQUE. Nos vería una vez más juntos... esto sería todo.

ROSARIO. Aumentaríamos su enojo.

ESCENA VIII

DICHOS y ANTONIO, con una hoz en el cinto· éste, al ver á ROSARIO y á ENRIQUE se detiene y procura esconderse; deja la puerta del lateral izquierda, segundo término, abierta.

ENRIQUE. Tal vez se ablandaría su corazón.

ROSARIO. Mucho lo dudo... yo creo que lo mejor sería separarnos, pues va á notar mi retraso, y seguramente vendrá á ver si me ha ocurrido algo.

ENRIQUE. Entonces, adiós .. pero antes de marcharte júrame una vez más que serás fuerte contra todos, que me querrás igual... que me esperarás.

ROSARIO. Te lo juro.

ENRIQUE. Gracias, Rosario mía... mañana, á la misma hora aquí.

ROSARIO. No faltaré.

ENRIQUE. Hasta mañana. (*Le da un beso en la mano; Rosario le mira llena de gratitud, se pone la herrada en la cabeza ayudada por Enrique y hace mutis por la calle del fondo, mirando muchas veces hacia atrás hasta que desaparece. Enrique coge la escopeta que habrá dejado sobre las piedras y se la pone al hombro, y se dispone á hacer mutis por la derecha segundo término; pero entonces Antonio sale precipitadamente de su escondite y detiene á Enrique.*)

ESCENA IX

ENRIQUE y ANTONIO.

ANTONIO. No... por ese camino no va ella... va por allí... (*calle fondo*) los hombres que quieren no deben dejar que otro les robe lo que es suyo.

ENRIQUE. ¿Qué quieres decirme?

ANTONIO. Por esa calle va Rosariuco; los dos la queremos, y pa los dos es imposible... la calleja es mu estrecha, no cabe por ella más que un hombre... vamos á ver quién de los dos pue ser.

ENRIQUE. ¿Vienes á desafiarme?

ANTONIO. Vengo á acabar de sufrir de una vez...; los dos con igual derecho debemos ir por ella.

ENRIQUE. ¡Con igual derecho, no!... ¡Rosario es mía! (*Enrique corre precipitadamente á cerrar el paso en la calle del fondo, apuntando con la escopeta.*) Ven por ella; mas advierte que antes has de pasar por el cañón de mi escopeta. (*Antonio saca la hoz de su cinto y avanza hacia Enrique; éste dispara, pero sin hacer blanco; entonces tira la escopeta y se entabla la lucha cuerpo á cuerpo.*)

ESCENA X

DICHOS, luchando; el TIO BLAS, por la izquierda, segundo término, que sale corriendo á separarles, y á poco rato el PADRE JUAN, el SACRISTAN con el farol del Viático y DOS VECINOS con velas encendidas; estos cuatro últimos personajes figura acompañan el Viático, para lo cual el Padre Juan irá ornamentado como hace al caso, y el sacristán irá tocando la campanilla para dar á entender bien lo que se representa. Todos salen por la izquierda, segundo término.

TIO BLAS. (*Poniéndose entre Enrique y Antonio.*) ¡Haya paz, hijucos míos!... ¿Para qué luchar en la vida?... ¡Bastante miserable es el mundo!... ¡Perdonar nos manda Dios! (*En este momento aparece el Viático en la forma ya dicha. El Tío Blas, Enrique y Antonio se arrodillan abrazados los tres, y el primero en medio de los otros dos. El Viático pasa lentamente y hace mutis por la calle del fondo. Se advierte que desde el principio de la escena debe sonar la campanilla.*)

Telón lento.

ACTO TERCERO

Interior de una habitación muy pobre de aldea. Una puerta al fondo y dos en cada lateral, todas practicables. Por la escena sillas y muebles pobres bastante estropeados. Por las paredes del fondo y lateral izquierda cuadros de santos. En el lateral derecha, y entre las dos puertas, un pequeño altar con la imagen de la vírgen del Carmen; dicho altar estará adornado con dos floreros llenos de rosas y con dos candeleros con velas encendidas.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, se verá al PADRE JUAN de rodillas al lado del altar, y á ANTONIO. El TIO BLAS y ROSARIO, también de rodillas, detrás; figuran haber estado rezando el rosario, y cuando empieza la escena que termina.

P. JUAN. (*Se santigua y levanta; los demás hacen lo mismo.*) ... Per eundem Cristum Dominum nostrum.

TODOS. Amén.

P. JUAN. Vaya, gracias á Dios, que nos va sacando poco á poco de esta miserable tierra.

ANTONIO. Ahora á trebajar.

P. JUAN. Eso mismo, ahora á trabajar, que el trabajo y la honradez son los más preciosos dones que puede tener un hombre en la vida, además con estas oraciones; porque todo lo hermoso y noble hecho en provecho de Dios y de nuestros hermanos en la tierra, debe considerarse como oración que debe recoger el Señor en su seno; alcanzaremos un día un premio muy superior al que en realidad nos merecemos.

ANTONIO. (*Al tío Blas.*) ¿Onde dejaron la maiz?

BLAS. En el corralón, junto á la puerta de la cuadra.

ANTONIO. Voy á ver si arreglo las camas al ganado, que se me olvidó hacerlo endenantes.

ROSARIO. Súbete la cacharra de ordeñar, que la puse en el pesebre vacío.

(*Antonio hace mutis por el fondo.*)

ESCENA II

DICHOS, menos ANTONIO.

P. JUAN. (*Por Antonio.*) ¡Pobre muchacho; tiene muy buen corazón!

BLAS. Es un enfeliz, y trabajaor como pocos; hoy me ha segao tó el prao de la Fontana.

P. JUAN. Pero ¿y cómo es que se ha venido aquí?

BLAS. Pos mire usted, que dice que no podía parar con las señoras, que siempre estaban de mal humor con las cartas que recibian del señorito, que como ya sabe usted es un mala cabeza que no hace más que gastar tóo lo que sus padres le dejaron.. á mi se me feura que va á dejar á las probetucas señoras en la miseria.

ROSARIO. Padre, no es hoy cuando termina el contrato de arrendamiento del huerto.

BLAS. Es verdad, ya no me acordaba, mañana tengo que ir á renovarle y á pagar.

ROSARIO. Voy á ver si acabo de preparar la comida. (*Mutis, derecha segundo término*).

ESCENA III

El PADRE JUAN y el TIO BLAS

JUAN. Me alegro que nos quedemos solos, queria hablarle sobre lo que jamás me habia atrevido.

BLAS. ¿Sobre los chicos?

JUAN. Eso mismo.

BLAS. ¡Ah... no sabe usté lo que mi concencia ha sufrio y sufre en estos dias!

JUAN. Perdonadme si os digo que vuestro sufrimiento puede considerarse como un indicio bueno... es el remordimiento.

BLAS. ¿¡Remordimiento... de qué!?

JUAN. Dios es grande y generoso... vuestros ojos han permanecido ciegos á la realidad, y ahora una luz vivísima, clara como el sol, viene á iluminarles.

BLAS. ¡No sus comprendo!

JUAN. No os hace falta .. comprendéis á Dios y esto es bastante... Ya habéis visto Antonio.

BLAS. Es verdad..., Antonio á quien yo le dí mi propia hija, la despreció, su corazón noble y generoso la ha olvidado ó procurado al menos lanzarla en el olvido.

JUAN. Recordó un deber sagrado, el deber de la amistad, y se la dejó á quien tenia más derecho que él.

BLAS. Sólo yo he permanecido fuerte en mi idea... Pero Padre, á usté puedo decirselo en secreto, el corazón se m'ha hecho piazos..... no puedo más... quiero que la mi hija sea feliz.

P. JUAN. Decírselo á Enrique.

BLAS. Ya le mandé llamar endenantes, no sé si vendrá.

P. JUAN. No lo dudeis... vendrá y os abrazará lleno de agradecimiento... ¡Qué hermoso debe ser, cuando en lo sucesivo les veais felices, recordar que habéis contribuído á tanta dicha!

ANTONIO. (*Dentro.*) ¡Tío Blas!

BLAS. Voy, voy enseguia.

P. JUAN. Yo os acompañaré. (*Los dos hacen mutis por el fondo.*)

ESCENA IV

ROSARIO, por la derecha, segundo término, con rosas en la mano.

ROSARIO. (*Mirando á las rosas.*) Rosas de mis rosales, testigos mudos de mi juramento... parece que cada dia es mayor su belleza, sin duda para alentarme y para consolar mi desventura. (*Se acerca al altar y mira las que hay en los floreros.*) ¡Más flores... rosas marchitas, sus hojas van doblándose lentamente, mañana no quedará de ellas más que un li-

gero aroma, que las arrebatará el viento! (*las coge y pone sobre la mesa, para colocar después las nuevas.*) ¡Flores del nuevo dia, símbolos de algo muy triste que pasa en torno mío! (*Se pone de rodillas delante del altar.*)

ESCENA V

ROSARIO de rodillas; ENRIQUE por el fondo.

ENRIQUE. (*Sin fijarse en Rosario.*) ¡Nadie!

ROSARIO. (*Suspirando.*) ¡Virgen del Carmen!...

ENRIQUE. (*Fijándose en Rosario.*) ¡Es ella... sí... Rosario!

ROSARIO. (*Volviendo rápidamente la cabeza.*) ¡Enrique!... ¿Tú aquí? (*Levantándose y precipitándose en sus brazos.*)

ENRIQUE. Rosario mía... aquí, á tu lado; quizás para no volverme á separar jamás.

ROSARIO. (*Dudando.*) ¿Qué estas diciendo?

ENRIQUE. Quizás un sueño... pero un sueño muy dulce.

ROSARIO. ¡No te comprendo!

ENRIQUE. Ven... escucha. (*Coge dos sillas y las pone muy juntas; en ellas se sientan.*) ¡Toda lucha va acabar, vamos á ser muy felices! .. ¿Lo dudas? (*Algo demente.*) ¡Rosariuco mía, yo viviré siempre á tu lado, seré tu esclavo... tu esclavo sí... ¡qué dulce debe ser poderse llamar esclavo de un ángel! (*Rosario le mira como asustada, dudando del juicio de Enrique.*) Porque tú, Rosariuco, eres un ángel... no me crees... mira á la Virgen cómo se sonríe, cómo me da las gracias por la justicia que te hago.

ROSARIO. (*Llena de pena.*) ¡Enrique mío! (*Llora.*)

ENRIQUE. ¡Lloras, hoy que debe reinar la alegría en tu corazón!.. ¡Hoy que nos sonríe la felicidad por todas partes!

ROSARIO. (*Aparte.*) ¡Dios mío, qué está diciendo!

ENRIQUE. ¿No me contestas?... Sin duda ya no me quieres... todo se olvida... te olvidas de tu juramento. (*Fijándose en las rosas marchitas, que tendrá Rosario en la mano.*) ¡Ah... sí!... ¡No me cabe duda!... ¡Las rosas han

perdido su fragancia!... ¡Todo fué un sueño!... (*Se queda como dormido contra el respaldo de la silla.*)

ROSARIO. (*Viendo á Enrique.*) ¡Dios mio, con qué nuevo mal me amenazas!

ESCENA VI

DICHOS, y el TIO BLAS por el fondo.

BLAS. ¡Enrique, hijuco mio!

ROSARIO. ¡Padre! (*Se arroja en sus brazos llorando.*)

BLAS. ¿Qué ocurre? ¡Ya no te quiere! ¡¡De tó tengo yo la culpa!!

ROSARIO. ¡Me habla y no sabe lo que dice! ¡Cuenta cosas muy bonitas... pero sin sentido!... ¡Me temo haya perdido la razón!

BLAS. (*Asústado.*) ¿Qué estás iciendo?

ROSARIO. ¡Mírele!... ¡Fíjese cómo no se ha dado cuenta que está usted aquí!

BLAS. (*Acercándose á Enrique y dándole con la mano en la espalda.*) ¡Enrique!... ¡Hijuco mio!...

ENRIQUE. (*Como despertando de un sueño.*) ¿Dónde estoy?... ¿Quién me llama?... (*Viendo al Tío Blas y á Rosario.*) ¡Ah! ¡Es usted, tio Blas; y tú, Rosario!

BLAS. ¿Estás malo?... ¿Te ha pasado algo?...

ENRIQUE. No, nada...; un ligero desmayo...; ya pasó; tal vez el cansancio natural.

ROSARIO. (*Aún dudando.*) ¿Pero recuerdas lo que me dijiste antes?

ENRIQUE. (*Haciendo memoria.*) ¡Antes!... No; tal vez tonterías, fruto de la fiebre; quizás te haya ofendido; mas si tal hice, perdóname... Y usted también, tío Blas, perdóneme...; soy un pobre loco, á quien el cariño ciega. He pasado (*como disculpándose*) la noche rondando el huerto; quería ver si, por casualidad, salía Rosario... ¡Hace ya tantos días que no la veía!

BLAS. ¡Y yo soy el que tengo la culpa de to eso!... Perdonadme hijucos mios, he permanecio ciego á la realidad, no quiero que por mí seais desgraciaos.

ENRIQUE. ¡Gracias tío Blas!... ¡Gracias! (*Abrazándole.*)

ROSARIO. (*Igual juego.*) Padre mio, gracias... Mamá desde el cielo te bendecirá.

BLAS. ¡A ella te deis que agradecérselo! (*Casi llorando y atrayéndose en sus brazos á Enrique y Rosario á los que besa. En este momento aparece Antonio y poco después el Padre Juan, los dos por el fondo.*)

ESCENA VII

DICHOS y ANTONIO, después el PADRE JUAN.

ANTONIO. (*Viéndoles abrazados.*) ¿No hay un lugar pa mí?

ENRIQUE. Ven á mis brazos. (*Se abrazan Enrique y Antonio formando un grupo, y el Tio Blas y Rosario forman otro, estando en esta actitud entra el Padre Juan.*)

JUAN. ¡Dios bendiga, tan hermoso cuadro!

BLAS. Querrá usté creerme que no recuerdo haber gozao tanto, nunca como en estos enstantes, (*suena un aldabonazo dentro.*)

ANTONIO. ¿Han llamao?... ¿Quién podrá ser?

BLAS. Sal y abre. (*Antonio hace mutis por el fondo.*)

ESCENA VIII

DICHOS, menos Antonio.

ENRIQUE ¿Quién será?

BLAS. Cualquiera, que querrá participar de toa esta felicidad.

ROSARIO. (*Con Enrique enseñándole las flores marchitas, á que anteriormente aludió. Como reconviniéndole.*) ¡Las flores marchitas, testigos de mi falsedad!

ENRIQUE. Perdóname, Rosario mía, estaba delirando, (*cogiéndole las flores y tirándolas.*) ¡Flores tristes! (*Enseñándole las de la Virgen.*) ¡Otras florecen y esparcen felicidad!

ESCENA IX

DICHOS, ANTONIO, DON RAMÓN, DOÑA MARÍA y MERCEDES por el fondo. Todos se sorprenden.

BLAS. ¿A qué deber tanto honor?

ENRIQUE. (*Aparte.*) ¡Siempre los mismos, parecen los vampiros de mi felicidad! (*Saludos de cortesía, pero con mucha frialdad por parte de los que entran, Rosario y Enrique, no saludan.*)

RAMÓN. Visita inesperada, quizás vengamos á estropear un cuadro de felicidad. (*Con intención.*)

BLAS. Efectivamente; un cuadro muy feliz, una escena muy hermosa se desarrollaba aquí!... pero ustedes nunca molestan; este probetico viejo goza mucho viendo que s'acuerdan de él.

MARÍA. Seguramente que no hemos sido oportunos...; pero en alguna ocasión, también vinieron á importunarnos á nosotros.

ROSARIO. (*A Enrique, aparte.*) ¡No sé por qué tiemblo!

ENRIQUE. No se debe temblar, pero si prevecer el mayor mal posible.

JUAN. (*Que continúa la conversación que figura han seguido sosteniendo en voz baja.*) ¿Han recibido carta de él?

MARÍA. Si.

(*Mercedes mira con mucha intención á Enrique y Rosario, demostrando claramente la gran envidia que la domina y el odio que les tiene.*)

BLAS. Hoy precisamente m'he acordao de ustedes; mañana iré á verlos, pa renovar el contrato.

RAMÓN. Ese es, precisamente, el objeto de nuestra visita.

(*Todos se sorprenden sin hacer pública ostentación de ello.*)

ANTONIO. (*Aparte.*) ¡Me dejaría cortar una oreja á que no van á icir ná güeno!

RAMON. Ya sabe usted, tio Blas, que este huerto pertenece al padre de Merceditas.

BLAS. ¡Y bien que lo sé!

RAMÓN.. Tampoco ignora que Mercedes es la encargada por su padre de su administración.

BLAS. (¿Qué querrá icir?)

RAMÓN. Pues bien; el alquiler que usted nos da no vale nada para lo que hoy puede rentar el huerto, y Mercedes ha decidido arrendárselo á otro.

TODOS. (*Menos D.ª María y Mercedes.*) ¡A otro!

ENRIQUE. ¡Esto es ignominioso é indigno de personas cultas!. . ¿Queréis abandonar á un anciano, obligándole á arrastrarse en la miseria?

BLÁS. (*Llorando y poniéndose de rodillas.*) ¡Terrible desengaño! ¡ustedes son buenos y no consentirán que un pobre viejo perezca en la miseria!

MERCEDES Es inútil, está ya firmado el contrato. (*Con mucho desprecio.*)

BLAS. (*Levantándose, con orgullo.*) ¿Ya? ¿No tengo yo más derecho que naide?.. ¿No ha sio mi padre y empués yo quien hemos hecho valer á este piazo de tierra, que en otro tiempo no servía más que para rozar?

MERCEDES. Y qué, vuestro beneficio habréis sacado de ello... Yo soy su dueña y no me conviene sigais viviendo en él.

ENRIQUE. Bien os vengáis, más acordaros que aún nos restan años de vida, recordad que el mundo es muy desigual... quién sabe si mañana os pesará lo que hacéis hoy.

MERCEDES. De nada de eso te acordaste tú, cuando era al caso... sigo tu ejemplo, si antes fui despreciada por vosotros, hoy mi venganza no tiene límites, también os desprecio. (*Todos se miran, menos Enrique que indica con la mano que deje rodar el tiempo.*)

Telón rápido.

EPÍLOGO

La decoración representa «El Huerto de los Rosales». Al fondo la tapia que lo cerca, con una puerta pequeña practicable, y detrás y en perspectiva se verá Santillana del Mar. Por la escena frondoso bosque de árboles frutales, en primer término un cenador de jardín cubierto por rosales y á cada lado de dicho cenador una extensa fila de rosales con muchas rosas. En el lateral derecha la fachada posterior de una casita rústica, con una ventana y una puerta practicable. Dentro del cenador sillas, los árboles estarán dispuestos de modo que se vea perfectamente la puerta que da entrada al huerto. La acción empieza al anochecer.

ESCENA PRIMERA

ANTONIO, con una carretilla de jardín llena de tiestos y á poco el TIO BLAS por la derecha.

ANTONIO. Pus se m'ha hecho de noche y apenas si se nota lo que estao trebajando... güeno, y ahora me pregunto yo: ¿onde me dijo el tío Blas que pusiera estos tiestos?.. ya se m'ha olvidao, de güen humor se va á poner... y eso que no, ahora está mu contento.. claro con la nietuca se le cae la baba, ¿Quién habia de icir to ésto hace seis años?.. Y yo (*Pegándose coscorrones.*) bruto de mí, que se me metió en este piazo de cabeza, estropearlo to... ¡Vamus hombre, que cada vez que m'acuerdo me dan ganas de cualquier cosa!.. (*Pausa. Vuelve á echar andar con la carretilla*). Na que no me puedo recordar... mejor sería llamarle, porque si no... (*Llamando.*) tio Blas, tio Blas...

BLAS. (*Saliendo.*) ¡Qué voces, ni que fuésemos

sordos!... ¡No ves que gritando de ese modo me vas á despertar á la mozuca!

ANTONIO. Pus y es verdad, si es que soy más bruto... bien me decia la maestra que yo no haria otra cosa en toa mi vida, que meter siempre la pata.

BLAS. Güeno, ¿y que querías?

ANTONIO. Pus mie ustè quería que me volviese á icir, onde tengo que colocar estos tiestos.

BLAS. ¿Otra vez?

ANTONIO. Hoy no me lo ha dicho ustè más que tres veces.

BLAS. ¡Es verdad, tù pa que entiendas una cosa, es menester repetirtela cincuenta veces!

ANTONIO. ¡Siempre se desajera!

BLAS. Pus te he dicho, que los lleves, junto al pozo, formando un redondel.

ANTONIO. ¡Un redondel (*indicándolo con la mano.*) asina, á la redonda!

BLAS. Claro, hombre, claro, al rededor del pozo.

ANTONIO. Entonces voy corriendo. (*Pausa. Como sin atreverse, pero decidiéndose al fin, con zalamería.*) ¿Oiga ustè tio Blas?

BLAS. ¿Qué hombre, qué?

ANTONIO. (*Igual juego.*) ¿Duerme?

BLAS. (*Enchocheciéndose.*) ¿Que si duerme? ¡Paece un angeluco, con aquellas manucas tan blancas y tan chiquitucas! .. ¡Se quedó dormida del to, yo tuve que salir en puntillas, pa que no se despertase!

ANTONIO. ¿Luego, me la dejará ustè tener en brazos, si viera qué contenta se pone, paece que me conoce, m'hace unas caricias con sus manucas.

BLAS. (*Con autoridad de abuelo.*) Güeno; luego te la dejaré un poco; pero deseguia me la dejas, que la chica llora con tos, menos con su güelo.

ANTONIO. Porque la está ustè enseñando muy mal... Se l'antoja el tubo del quinqué, y deseguia se lo da, y, ¡claro!, lo deja caer, y después otro nuevo; se l'antoja cualquier cosa, y ustè deseguia á complacela... Por èse camino ya le saldrá pronto á la cara; luego no va á ver titere con cabeza en esta casa.

BLAS. ¿Pero qué quieres que haga, que la regañe?... ¡Si no tiene más que un año, qué sabe la criatura lo que se hace?

ANTONIO. Pero lo debe saber su güelo, que ya tié ochenta y uno.

BLAS Mientras yo viva, la mi nieta tié que gozar cuanto quiera; yo no quiero que por mi sufra naide... (*con tristeza*) ¡bastante hice penar á la mi hija!

ANTONIO. Ya... ya... y yo también. ¡Si uno naciese dos veces!

BLAS. ¡Sería lo mesmo! ¡Créelo, Antonio!

ANTONIO. ¡Eso, no!; ya vió usté cómo comprendí el disparate que hacía queriendo obligar á Rosariuco que me quisiese á la juerza, y cómo procuré olvidarla, dejándola con su Enrique. (*Cogiendo la carretilla y haciendo mutis por la izquierda.*)

ESCENA II

El TIO BLAS y á poco ROSARIO, por la derecha.

BLAS. ¡Probe Antonio; aunque te esfuerzas en demostrar lo contrario, bien se ve lo mucho que sufres por drento!

ROSARIO. (*Saliendo vestida con traje de señora, pero sencillo.*) ¡Padre!... ¿Qué hace usted fuera, cogiendo frío? ¡Hoy se ha levantado bastante viento!

BLAS. ¿Pos no ice que hace frío? ¡Y sus llamáis jóvenes!

ROSARIO. Pero usted ya es viejo y no debe andar jugando.

BLAS. Vosotros los jóvenes sois los que sus debeis cuidar, que á mi ya me respeta el viento, hace tantos años que sopla sobre la mi cabeza, que ya nos conocemos y no me hace nengún daño.
(*Pausa.*)

ROSARIO. ¡Cuánto tarda Enrique!

BLAS. Habrá tenío que hacer y no habrá podío tomar el tren de las seis; además que entoavía no ha debío pasar por la Requejada (1).

ROSARIO. El que espera... ya sabe usted.

BLAS. Lo comprendo; además como te tiene tan mal acostumbrá...

(1) Pueblo perteneciente al Ayuntamiento de Torrelavega y por donde pasa el tren Cantábrico que viene de Santander.

ROSARIO. ¿Por qué dice usted eso?

BLAS. Porque con la mujer no se debe ser asina...

ROSARIO. ¿Pues qué mal hay en ello?

BLAS. Que aluego se le subís á uno á las barbas, y adios tó, ya se le pue llamar entonces al mario hombruco... porque cuanto mande es inútil, pues s'hace tó lo contrario.

ROSARIO. Enrique es muy bueno... y yo... me parece que no tendrá queja de mí.

BLAS. Hasta hora no... pero aluego será ella, cuando ya se os acabe la luna de miel que sus pone tan empalagosos.

ROSARIO. Padre, cuando dos seres se casan por cariño y no les falta lo necesario para vivir, la felicidad es completa y la luna de miel eterna.

BLAS. En eso ties razón, y sobre tó cuando Dios da una muñeca tan preciosa como la mi nietuca... entonces si qu'hay alegría, felicidad, tó... ¡qu'ojillos... qué manucas más chequetinas! (*Lelo por completo.*) ¡Me la comería!

ROSARIO. ¿Estará durmiendo?

BLAS. Debe, así la dejé... pero voy, no sea que se despierte y empiece á chuparse el deo... no quiero que se lo chupe, la voy á poner acibar. (*Va muy contento á ver á su nieta á la casita de la derecha.*)

ESCENA III

ROSARIO, y á poco ANTONIO por la derecha.

ROSARIO. (*Viendo á su padre lo contento que se va.*) ¡Pobre abuelo, cuánto la quiere!

ANTONIO. ¡Rosariuco!

ROSARIO ¡Antonio!

ANTONIO. ¿Y el agüelo?

ROSARIO. Con su nieta.

ANTONIO ¡Dios la bendiga! (*Llora, pero de un modo especial, como alegrándose, y al mismo tiempo sintiendo no fuese hija suya.*)

ROSARIO. ¿Lloras... no estás contento? ¿No te tratamos como á un hermano?...

ANTONIO. Sí... es verdad... pero qué quieres, yo no lloro, es éste. (*Indica el corazón.*)

ROSARIO. ¿Por qué?

ANTONIO. Porque sufre... porque pocuco à pocuco, se va apartando de él la alegría... (*con do'or profundo*) porque es de carne y siente.

ROSARIO. ¡Pobre Antonio!... ¿Estás enamorado?

ANTONIO. No, porque si ijese esa palabra ofenderia á un amigo, y yo no quiero ofenderle... pero Rosariuco, es preciso que yo me vaya de con vosotros... no puedo fingir más, siempre te he querio y ahora no quiero quererte, y estando à tu lao esto es emposible.

ROSARIO. ¿No me dijiste que habias comprendido tu error, que te dispensase?

ANTONIO. Sí, pero eso te lo ije pa que jueses feliz, aun á trueque de mi desgracia. ¡Con tanto sufrimiento no pueo, soy un hombre, no soy un piazo de piedra!

ROSARIO. ¿Qué dirá entonces Enrique?

ANTONIO. Le diré que m'han llamao mis tios.

ROSARIO. ¿No lo creerá?

ANTONIO. Entonces le diré lo primero que se m'ocurra, to menos la verdad. (*Llaman en la puerta de la tapia*)

ROSARIO. ¡Será Enrique!

ANTONIO. Voy á ver. (*Va á la puerta la abre y entra el padre Juan mucho más viejecito que en los otros actos.*)

ESCENA IV

DICHOS y el Padre JUAN.

P. JUAN. ¡La paz de Dios sea en esta casa! (*Entra.*)

ROSARIO. Buenas tardes.

P. JUAN. ¿Y Enrique?

ROSARIO. Trabajando... Esta mañana se fué á Santander para no sé qué asunto de piscicultura.

P. JUAN. No queria faltar, porque me es tan grato estar á vuestro lado rodeado de personas que sé yo que me aprecian, que en lo poco que me resta de vida no quiero privarme de este placer... ¿Y el tío Blas?

ROSARIO Con su nieta haciéndola caricias, sin saber apartarse de su lado.

JUAN. ¿A que no te acuerdas de una cosa?

ROSARIO. Seguramente sí; que hoy hace catorce años que aqui, rodeados de los mismos rosales

que ahora hay, mi Enrique me juró un amor eterno, una felicidad sin límites.

JUAN. Veo que tienes buena memoria. Hoy he sabido una cosa que de seguro no te ha de agradar.

ROSARIO. ¿De Enrique?

JUAN. No, de doña María y de Mercedes.

ROSARIO. ¿Alguna otra novedad?

JUAN. Sí, que todo el mundo las abandona, que después de haber hecho tanto bien, ni sus hermanos quieren recogerlas, dicen que son unas cargas, con las que no pueden.

ROSARIO. ¡Pobrecillos!

JUAN. Después de la subasta de este huerto donde se quedó Enrique con él...

ANTONIO. ¡Qué alegría tuve antonces, ya que nos habían arrojado de él de mala manera, que después volviéramos porque era nuestro! *(Con alegría grande)*

JUAN. Pues bien, como iba diciendo, después de todos aquellos disgustos, han tenido otros mayores; la mala cabeza de su marido acabó de dar al traste con toda su fortuna... hoy no tienen ni un mal prao.

ROSARIO. ¡Cuánto lo va á sentir Enrique cuando lo sepa!

JUAN. Ya lo sé, Enrique no es rencoroso, su corazón es noble como buen hijo de la montaña... ¡Dios le premiará tanta bondad! *(Anochece cada vez más, empieza á verse la luna. Llaman en la puerta del fondo).*

ESCENA V

DICHOS y ENRIQUE, con un maletín de viaje en traje de lo mismo, y sombrero flexible.

ENRIQUE. ¡Salud, buen padre Juan! *(Abrazando á Rosario..)* ¡Qué día, hermosa mía, tanto tiempo separados! ¿Y nuestra hija?

ROSARIO. Con su abuelo.

ENRIQUE. Voy á verla, quiero darla un beso, estas horas que he estado fuera de vosotros me han parecido un siglo... ¿me habrá echado en falta la niña?

ROSARIO. *(Con mimo y coquetería inocente.)* ¡La pobrecilla qué entiende!

ENRIQUE. ¿Cómo que no? cuando ve á su padre, aunque haya mucha gente delante, lo distingue, y con sus bracitos, dice que la coja... y si viese usted padre Juan cuando la cojo... me coge mis bigotes y empieza á tirar de ellos sin tino. (*Riéndose.*) ¡Me quiere convertir en carabinero!... Voy á verla.

ESCENA VI

DICHOS, cuando ENRIQUE va á entrar, sale el Tío BLAS y le detiene.

BLAS. Onde vas, metiendo tanto ruido.

ENRIQUE. A ver á mi hija, quiero darla un beso

BLAS. (*Con autoridad de abuelo.*) No puede ser... ¿Le parece á usted, mal padre, entrar á despertar á su hija cuando duerme?... No lo consentiré yo, que mando más que naide. (*Para convencerle.*) ¡Soy su güelo!

JUAN. ¡Muy bien, tío Blas!... (*A los demás.*) Ya lo sabeis, en la niña no manda nadie más que su abuelo. . hay que conformarse.

BLAS. ¿Y qué, no debe ser asi?... El güelo debe mandar más que naide, porque como es viejo, es el primero que va á dejar la plaza libre... cuando yo muera, tiempo sus queda de mandar... ahora no... (*Volviendo á mandar.*) ¡Y cuidiaito con que me la despierten, que güen trabajo m'ha costao el dormirla!

ENRIQUE. Está muy bien... obedezco; la dejaré dormir... pero después la exijo yo, que ustedes la han tenido todo el dia.

ROSARIO. (*A Enrique y con mimo.*) ¡Parecemos unos niños, nos disputamos á la muñeca como si todos no tuviésemos el mismo derecho...: hay tiempo para que esté con todos!

ENRIQUE. Es verdad, Rosario mia; pero el cariño de un padre es tan grande que no sabe separarse un momento de aquel pedazo de su alma. (*Abrazando á Rosario.*)

ESCENA ULTIMA

DICHOS; en la puerta de la tapia llaman; abre ANTONIO y aparecen D.ª MARIA y MERCEDES, de riguroso luto con mantos.

D.ª MARIA. ¡Una limosna por Dios! (*Al abrir la puerta.*) (*Todos se sorprenden.*)

ENRIQUE. ¡Doña María y Mercedes! (*Va obscureciendo cada vez más.*)

ROSARIO. Enrique mio, están en la miseria. (*Intercediendo en su favor.*)

ENRIQUE. (*Llega hasta la puerta y las trae de la mano.*) ¡Doña María!... ¡Mercedes!... Perdónenme si les ofrezco mi casa.

P. JUAN. ¡Bendito sea Dios!

ROSARIO. Con nosotros nada les faltará á ustedes.

D.ª MARÍA. ¡Cuánta generosidad! .. ¡Qué nobles corazones!

ROSARIO. (*A Mercedes.*) ¡Toda rivalidad entre las dos ha concluido, desde hoy nos querremos como hermanas! (*Se abrazan las dos llorando.*)

ENRIQUE. (*A doña María.*) Desde hoy es usted de nuestra familia.

D.ª MARÍA. Gracias, Enrique, gracias, (*los personajes, formarán un cuadro hermoso, puestos en el lugar que ocupan los rosales, la luna reflejará sobre los mismos.*)

ENRIQUE. Ahora les presentaré á ustedes à mi sucesora... al fruto de nuestro amor. (*Cuando todos se disponen á ir á ver á la niña, las campanas de la iglesia del pueblo, dan el toque de oraciones, todos se detienen y descubren.*)

P. JUAN. Angelus Domini nuntiavit Mariæ.

Telón.

FIN

OBRAS DE AGUSTIN SAINZ RODRIGUEZ

Un militar modelo (1), pasatiempo cómico en un acto y dos cuadros, inspirado en el argumento de una obra francesa.

El canto de la codorniz (1), zarzuela en un acto y cinco cuadros en prosa y original, música de los maestros Zavala y Fonrat.

Pilar (1), monólogo en prosa y verso, escrito expresamente para la tiple cómica señorita Pilar Carreras, música del maestro Emilio Alvarez.

Viaje de Novios (1), comedia en dos actos en prosa y original.

Margarita, comedia en tres actos y en prosa, en colaboración con D. Ernesto Bark Cabello.

Entre rosales, comedia en tres actos y un epilogo, en prosa y original.

(1) En colaboración.

DOS PESETAS